

El caballo y la langosta

(Cuento)



Un caballo pasaba en completa soledad los últimos días de su existencia. Como estaba viejo y enfermo y ya no podía trabajar, su dueño lo había abandonado en la montaña. El pobre animal se lamentaba:

—¡Nadie piensa en mí! ¡Nadie habla de mí! Sólo el dolor me acompaña en mi agonía.

Una langosta que pasaba por allí escuchó sus lamentaciones. Se detuvo a su lado y le dijo:

—¿Te molesta que nadie hable de ti y que nadie se acuerde de ti? Más bien deberías alegrarte. ¡Qué más quisiera yo! Porque de mí los hombres hablan constantemente y a mí eso me molesta.

—¡Es diferente! —respondió el caballo—. Los hombres se acuerdan de ti porque destruyes sus cultivos, arruinas sus cosechas. Por eso hablan de ti con rabia, con odio, con miedo. Pero de mí deberían hablar con agradecimiento porque siempre he trabajado en su provecho.

—¡Ya veo! —dijo la langosta—. Cuando se trata de hablar mal, el hombre siempre está dispuesto a no dar paz a la lengua. Pero ante las cosas que merecen elogios se queda mudo. Ahora comprendo: el hombre conoce el rencor, pero no la gratitud.